del río de San Juan del Norte, y el bloqueo de Realejo y San Juan del Sur completarían la obra. Así, ni de los Estados del Atlántico de los Estados Unidos ni de California podrán nutrirse las filas de Walker. Este pierde diariamente, en tiempos normales, de 8 a 10 hombres muertos de fiebre y de excesos; ahora con el cólera, que va a ser horroroso, unido a sus vicios, concluirán en dos o tres meses todos los soldados que tiene. El lucha, además, con varias dificultades. Cortado el Tránsito, como realmente lo está, (2) no puede luchar con la compañía y la clase de gente que lo acompaña no sufrirá largo tiempo sin paga en un país miserable siempre y que agotado ahora no presenta objeto a sus rapacidades. Supe en Liberia que los isleños de Ometepe, según me lo habían prometido, quemaron los depósitos de leña del servicio de los vapores del Tránsito. Martínez, unido a los nicaragüenses que aun tengan el valor de luchar, no dejará de darle mucho que hacer; mas, *lo repito,* su pérdida está en el bloqueo de los puertos, y si Guatemala comprendiera bien la situación y su interés, se haría cargo de cerrar las entradas de Realejo y San Juan del Sur, lo cual será muy costoso para Costa Rica, al paso que ésta puede cortar fácilmente la navegación del río San Juan; pero después de lo que ha pasado, nada espero ni creo de ese Gobierno.

Lo dicho debe bastar para explicar a V. la nota que nuestro ministro le ha dirigido llamándole inmediatamente, orden que confirmo en privado, y le encargo efectúe el viaje sin demora, por tierra o por mar, sin dar más explicación de él.

Quedo de V. atento,

JUAN R. MORA.

Grandeza y decadencia de Walker (1)

El regreso de Walker a los Estados Unidos fué un triunfo. Tropeles de admiradores le salieron al encuentro en Nueva Orleáns; llegó a tierra en hombros de los más vociferantes de sus idólatras. No hacía una hora que se había inscrito en el libro de registro del hotel Saint Charles, cuando se vió obligado a dirigir algunas palabras desde un balcón a la muchedumbre reunida en la calle. Con sólo una idea

---

(2) Se refiere a la suspensión del servicio de los vapores.

(1) Laurence Green, *The Filibuster,* Nueva York, 1937. Mucho se ha escrito en los Estados Unidos sobre el filibustero William Walker. Durante la segunda parte del siglo XIX y a principios del actual, casi toda esa literatura fué patriotera y entusiasta en favor de Walker, pintándolo como a un héroe legendario lleno de virtudes y la personificación del imperialismo norteamericano; pero últimamente, enfriadas ya las pasiones y estudiándose con más calma la obra en realidad nefanda de Walker, el *héroe* ha venido perdiendo cada vez más la admiración de que gozaba entre sus compatriotas; y así se pueden leer duras críticas en los libros más recientes que se le han dedicado en los Estados Unidos. Por ejemplo, en este de Laurence Green espigamos las siguientes: "¡Hombrecito presuntuoso! Forajido, egotista, verdugo, maquinador. Enteramente convencido de su infalibilidad y lo bastante dueño de su pluma para hacer que esta infalibilidad sea casi plausible hasta para los que al cabo de tres cuartos de siglo

y cincuenta y ocho hombres se había apoderado de un país, había arrasado la más orgullosa de sus ciudades y resistido a los asaltos de cuatro naciones vecinas. En esta historia había grandeza y esta grandeza era más que la de una leyenda. Las estadísticas y confesiones del enemigo no permitían dudar de que Walker había sido un gigante en Nicaragua. Henningsen, observador militar sagaz y certero, dijo que las fuerzas de Walker, en los dos años que estuvo en Centro América, tan sólo llegaron a un total de dos mil quinientos hombres, contra los cuales los Aliados lanzaron dieciocho mil. Ni una sola vez pudo Walker emprender una campaña con suficientes tropas. La mayor fuerza que llevó al campo fué contra Masaya y constaba de ochocientos hombres. A la certeza de semejantes hechos, siguió por supuesto la adulación de Nueva Orleáns y Nueva York. Pero ningún héroe sobrevive en virtud de la sola gloria de combates pasados. Si en la mente del Filibustero estaba conservar el cariño de la plebe, tenía que llevar a cabo una acción decisiva y triunfante, y esto no estaba en su mano. Su figura habría sido a la postre más grande, si en vez de rendirse hubiera sido aniquilado en Rivas; porque no pudiendo volver a elevarse, tenía inevitablemente que descender.

Walker habló muchas veces en Nueva Orleáns, ciudad que, dicho sea de paso, guardaba escasa memoria del que en un tiempo había sido allí abogado y periodista. Los principales negociantes del lugar lo felicitaron, y en su calidad de sudistas le dieron la seguridad de que su próxima expedición sería provista con largueza. Para el público en general, Walker era un diablo temerario del más admirable cuño. Todos los muchachos de escuela sabían lo que había hecho. Cuando salía a la calle se agrupaban las gentes maravillándose de que tanta pujanza cupiese en hombre tan pequeñito.

De Nueva Orleáns se trasladó a Louisville para visitar a su hermana Alice Richardson. Allí recibió también, hasta colmar la medida, los aplausos de la ciudad. Fué a Washington, Filadelfia y Amboy, y de aquí en un buque a la Battery, donde desembarcó el 16 de junio y le tributaron una recepción idéntica a la de Nueva Orleáns. De nuevo fué llamado para que hablase desde el balcón de su hotel y entre otras cosas declaró:

"No me avergüenzo de decir que los dioses me favorecen, porque siento que una providencia dominadora, que nos ha llevado tan lejos, no nos ha permitido

---

investigan sus pensamientos y sus actos. Obrando mal, hablando bien, decretando la muerte como si fuese un dios". "Exigía lealtad a sus adversarios y él era un maestro consumado de perfidia". "Era parcial, egocentrista, monomaníaco, muy posiblemente víctima de un desorden sexual; totalmente falso en sus razones, actos y conclusiones". "Walker consideró siempre a sus soldados como nobles regeneradores, como a un ejército digno de llevar banderas; pero era el jefe de algo apenas un poco mejor que una pandilla de malhechores. Aquellos hombres no conocían la disciplina. Habían venido a pelear, a seducir mujeres y a matar. Habrían saqueado en cualquiera oportunidad" "Y aun cuando es un hecho singular que el Filibustero personalmente no saqueó ni se enriqueció absolutamente en sus campañas, su ejército estaba compuesto de una especie de piratas. El lamento de Walker tocante a los "valientes muertos que dieron la vida en defensa de la esclavitud" es una engañifa. Esos "valientes muertos" habían sido reclutados en los campamentos de mineros de California, en las tabernas de todo el país y el arroyo de las calles del mundo entero. Siendo incapaces de ganar, procuraban arrebatar".

hacer tanto como hemos hecho si esto ha de ser para nada. Siento que la fortuna, como la llaman mis enemigos, o la Providencia, como la llamo yo, nos seguirá llevando felizmente y nos permitirá hacer aún más por la grandeza y la gloria del pueblo americano".

Algunos días después, en el teatro de Wallack, Walker y Henningsen interrumpieron la función. Aclamados de modo atronador, tuvieron que hablar desde el palco que ocupaban con la señora de Henningsen.

Y luego, de manera tan instantánea como si obedeciese a una señal, el público se enfrió. El héroe— ¡según lo había hecho y debía hacerlo siempre!— rebasó la medida. No le bastaban las aclamaciones del populacho y la posibilidad de un estímulo gubernativo para volver a Nicaragua. En su carrera se desenfrenó muchas veces ciegamente ante los obstáculos; no parece haber aprendido nunca que su petulancia lo castigaba casi de modo invariable. Habiendo llegado a Nueva York como el conquistador que regresa, se puso a desfogar en el comandante Davis la rabia que le causaba su destronamiento en Rivas.

Algún indicio del desquite que Walker pretendía obtener por la intervención de la armada de los Estados Unidos, se había tenido después de la breve entrevista que celebró con el Presidente Buchanan cuando se detuvo en Washington de paso para el Norte. El Filibustero dió a entender que Buchanan simpatizaba con sus planes y había prometido el auxilio oficial para futuros movimientos en Centro América. Ahora procuraba obligar a Buchanan a que le diese apoyo. Al país, que sólo había leído informes fragmentarios sobre lo actuado en Centro América, se le suministró por primera vez una historia completa de la intervención del comandante Davis en San Juan del Sur.

. . . . . .

Walker sostenía en todas partes que habría ganado la guerra si no hubiesen intervenido los Estados Unidos. Esta pretensión, a juzgar por las condiciones en que se encontraban sus tropas en Rivas, no parece a primera vista razonable; pero el estado en que estaba el enemigo en los últimos días de la guerra era poco mejor que el de Walker, y hasta el mismo Presidente Mora, que abrigaba contra los americanos un odio igual al que sentía por ellos Santos Guardiola, tuvo que admitir que "el cólera habría obligado a los Aliados a abandonar la guerra dentro de veinte días, si Walker no se hubiese rendido". En carta dirigida al Presidente Buchanan, Walker protestó contra la oposición de Davis a este respecto, añadiendo que este oficial de marina había procedido "en forma insultante, depresiva y ofensiva". En cuanto a la goleta *Granada*, que no había figurado en los artículos de la capitulación y fué sin embargo apresada por la *St. Mary's*, el Filibustero decía que Davis ofreció permitir que los americanos se quedaran con las armas y municiones que estaban en el barco, siempre que lo entregasen de modo pacífico. Este ofrecimiento no fué aceptado, decía la carta, porque tanto Walker como Fayssoux opinaron que "ni un harapo ni una astilla debían entregarse como no fuese a una fuerza aplastante; el honor del barquito estaba en su casco, en sus aparejos y su bandera y, comparado con esto, lo que había a bordo era basura".

Desde el 16 de junio de 1857, dia de su llegada a Nueva York, hasta el 28 del mismo mes, Walker estuvo preparando su pleito contra el Gobierno. Era un

pleito fuerte. Pudo haberle valido el cariño constante de las masas; pero era hombre que no sabía reprimirse; no podía pelear sutilmente. Se puso a machacar en el asunto de Davis hasta convertirlo en una estopa de la que el público se hastió. Luego—y esto hizo que sus quejas se volviesen contra él—arribó a Nueva York la *Wabash*, fragata de ruedas de los Estados Unidos mandada por el comodoro Hiram Paulding, trayendo a bordo los pecios del naufragio de Walker en Nicaragua: un centenar de sobrevivientes estrambóticos y desalentados.

Los periodistas que fueron a bordo encontraron una amarga historia que contar. Los hombres del ejército de Walker estaban a tal punto cubiertos de piojos que habían infestado el inmaculado buque de guerra, obligando a los oficiales a bañarse en ron. Venían por todas ciento treinta y nueve personas: ciento veintiún hombres, trece mujeres y cinco niños, casi todos enfermos. Los hombres, vestidos de harapos inmundos, estaban escuálidos a consecuencia de su larga alimentación con carne de mula y otras cosas peores. Cansados tal vez de pintar a Walker como un modelo de virtudes militares, o quizás obedeciendo órdenes de sus amos, los caballeros de la prensa escribieron de modo brutal sobre el estado de la tropa. El primer cargo que se lanzó contra el Filibustero fué el de haber desertado a sus soldados después de la rendición. Dijeron éstos que habiéndose marchado Walker, los Aliados entraron en Rivas saqueando salvajemente la población, sin que los contuviesen sus oficiales. Fueron robados los baúles, despojados de sus ropas los heridos y enfermos, y a los oficiales americanos que quedaban les quitaron las espadas. Tan sólo la presencia de los marinos de Davis salvó a todo el ejército filibustero de ser pasado por las armas. En la bahía de La Virgen a donde los llevaron como primera etapa de su viaje de regreso a su país, los víveres eran insuficientes. Muchos de los heridos usaban palos toscos en vez de muletas y fueron cojeando por todo el camino hasta La Virgen, para librarse de los vencedores borrachos y sedientos de sangre. Desde San Carlos hasta Greytown el viaje fué una horrible pesadilla; llovía sin cesar, las embarcaciones estaban repletas, no se asistía a los enfermos y no había qué comer. Los soldados vencidos estaban a cargo de costarricenses y éstos los trataron cruelmente; el *Herald* de Nueva York citó las palabras de un soldado, según las cuales el hombre más caballeroso del ejército aliado era el negro jamaicano David Murray, a quien Davis entregó la *Granada*.

Toda Nueva York leyó los relatos de las víctimas que llegaron en la *Wabash*. Sin embargo Walker hubiera podido replicar, haber hecho ver que todo aquello era enteramente el resultado de las circunstancias y no el de su dura voluntad. Habría podido visitar a los enfermos y a los cansados de serle fieles; aprovecharse de ellos contra Davis y el Gobierno. Pero en vez de hacerlo así, siempre ciego, siempre arrogante, se marchó de Nueva York a los dos días de haber llegado allí sus soldados. Las acusaciones lanzadas por éstos no fueron contestadas. Davis y el comandante Paulding hicieron ver hábilmente que el pueblo tenía ante los ojos la prueba en aquellos hombres que regresaban de Nicaragua; que si la armada no hubiese actuado, Walker y todos los que le ayudaban habrían sido pasados a cuchillo. Y por tercera vez los haraganes de las tabernas y mancebías hicieron escarnio del Filibustero.